

Amor Paterno de Oscar Villanueva

El 20 de diciembre de 2013 recibí la mejor noticia de mi vida: iba a tener un bebé. Ese día, me llamó mi esposa, Linda, muy emocionada y me dijo que apartara una mesa en el restaurante más caro de la ciudad porque tenía que decirme algo muy importante. No dudé de su palabra e hice lo que me pidió. Ella sabía que me encantaban las sorpresas y siempre buscaba la manera de fortalecer el vínculo en nuestra relación. Esa noche, lloré con sus palabras. Las recuerdo textualmente: “Mi amor, lo logramos. Después de tanto tiempo, lo logramos. ¡Estoy embarazada!”. Tuvimos nueve meses de felicidad pura. Su embarazo fue todo un éxito para nosotros. Nos enteramos que sería una niña y eso solo mejoró la situación. Ambos siempre habíamos querido formar una familia, y en ese momento, todo parecía ir de maravilla. En el *baby shower* nuestros amigos y familiares nos regalaron de todo. La caja de regalos estaba hasta el tope de juguetes, biberones, ropa de bebé y cualquier objeto que pudieras imaginar para hacer más fácil la crianza de una niña. Hubo uno que llamó mi atención: el sacaleches eléctrico. Al mirarlo quedé atónito. Nunca imaginé que existiría algo así.

La felicidad plena fue lo que sentí al mirar por primera vez a mi bebé. Era una bebé grande de cuatro kilos y medio con un llanto tan fuerte que se podía escuchar a dos cuadras de la clínica. Decidimos llamarla Milagros, por ser un hecho extraordinario para nosotros. Al tenerla en mis brazos por primera vez, el llanto desapareció. Asumí que ella sabía que yo era su padre. Quería tenerla allí para siempre y cuidarla porque un ser de luz como ella no merece daño alguno. Por eso, se lo hice saber. Le dije, en voz baja: “Eres lo más importante en mi vida. No voy a permitir nunca que algo malo te ocurra. Te amo.” Vi cómo una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro. Aún conservo la foto que nos hicieron unos minutos después de aquel momento. Linda, Milagros y yo estábamos muy felices de tenernos los unos a los otros. Le agradecí mucho a Linda en aquel momento. Ella me hizo el hombre más feliz del mundo al permitirme ser el padre de aquella pequeña.

Cada día pasaba volando. Parecía que el tiempo hubiese tenido un acelerador y en un parpadear de ojos, ya mi bebé era una niña que iba a la escuela y brincaba de un lado a otro. Esa velocidad también se hizo notar en nuestras cuentas. Linda era obrera en un Ministerio y su sueldo se reducía mientras nuestra hija crecía. Lo mismo ocurrió conmigo, que soy profesor de física en una institución pública. De un momento a otro, parecía que nuestra gran vida había sido solo una ilusión. El país se fue viniendo abajo, tanto así que ambos tuvimos que comer una sola vez al día para que Milagros tuviese todas sus comidas. Eso desató problemas entre nosotros. Ella quería que renunciara y me fuera del país. Yo me negaba a esa opción. No quería lanzar diez años de trabajo por la borda. Me había costado mucho conseguir ese empleo, y aunque no estuviese en mi mejor momento, gracias a eso pude darle todo lo que ella merecía.

Más allá de nuestros conflictos, mi preocupación principal era mi hija. Solo me importaba que ella estuviese bien.

Hace quince días, Linda se fue de la casa. Me dejó una nota pidiéndome perdón por irse sin despedirse y que pronto sabría de ella. La muy vil dijo que no renunciaba a nuestra hija, sino que lo hacía por ella. Ese día logré contactarla y hablamos por teléfono. Solo se hizo la víctima. Me dijo que renunció a todo en busca de una mejor vida, y que tristemente, lo nuestro se había acabado por la situación del país. Para mí, solo eran excusas. Habíamos prometido amarnos en las buenas y en las malas, pero como el dinero no alcanzaba, ella me abandonaba. En ese momento, le dije que si no volvía, no nos volvería a ver nunca más. Ella se burló de mí y respondió que el que intentaba hacer el papel de víctima era yo. Tuve que colgar porque no soportaba su egoísmo. Ese día recordé un mensaje de un desconocido que me había llegado hace unos meses en Facebook. El mismo decía que Milagros no era mi hija, sino suya, y que Linda me había engañado porque quería hacerme feliz. Al leerlo, no le presté atención; y cuando le comenté a mi esposa, me dijo que era un ex que quería separarnos. Le creí, pero después de la llamada tuve que salir corriendo por una prueba de ADN.

Hoy es el cumpleaños de Milagros, y sigo con mi promesa de que tenga la mejor vida. Por eso, pedí dinero prestado y me vine con ella al Centro Comercial Sambil Caracas, para llevarla a su lugar favorito: Wendy's. Muchos padres se ríen cuando ella comenta esto porque sus hijos prefieren McDonalds', pero mi pequeña es muy inteligente y les responde: "Me gusta Wendy's porque es una niña, como yo". También, dice que prefiere esta sucursal porque "tiene el mejor parque". Yo prefiero no llevarle la contraria y complacerla. Luego de jugar y comerse su hamburguesa favorita, que básicamente es un pan con queso amarillo, salsas y carne, decidimos comer nuestro postre favorito mientras recorremos el centro comercial. Debo destacar que sí me encanta el helado de ese negocio de comida rápida, tal vez por eso nunca le llevé la contraria con su favoritismo.

Fuimos al último piso, y yo no podía dejar de pensar en que este mundo es muy cruel para ella. No sé cómo hacen los demás padres con esta sensación, pero tenía la necesidad de hacerla parar. Ella me abrazaba y me agradecía. Yo no paraba de pensar. Los pensamientos pueden llegar a ser el peor martirio del ser humano, y en ese momento, con ella en mis brazos, lo único que pensé fue en acabar con su sufrimiento. No había cabida para ella en este mundo. Era una niña sin mamá, con un papá que no era su papá, y que tampoco tenía la posibilidad de mantenerla y darle todo lo que se merece. ¿Cómo podría ser feliz con esto? ¿Cómo podríamos seguir adelante? Íbamos cayendo desde el último piso y le dije que cerrara los ojos. Me dijo que me amaba, y yo le dije que también lo hacía.